

COMENTARIOS
de Juan Campos Avillar

en 1990

al artículo de

"NOTA RESUMEN ACERCA DEL TRABAJO DE TRIGANT BURROW"

Por Hans Syz

Asociado de Investigación, The Lifwynn Foundation, Westport, Connecticut
Artículo publicado en el "International Journal of Social Psychiatry" Vol. VII, nº 4, 1961
(Traducción extractada)

Las "conspiraciones de silencio" de que habla el Dr. Syz en el trabajo que precede, donde mejor se ponen en evidencia es con el propio trabajo de Trigant Burrow. A pesar del esfuerzo hecho por la Lifwynn Foundation por conservar y difundir sus escritos, los obstáculos en hacerse con ellos parecen insalvables. En mi caso particular, me llevó más de treinta años desde que empecé a interesarme, y eso que S. H. Foulkes, que fue mi maestro, es de los pocos psicoanalistas que reconoce el mérito de Burrow hasta el punto de confesar haberse inspirado en el trabajo de éste para desarrollar las psicoterapias grupoanalíticas en los años 40 y haber adoptado para éstas el nombre por aquel acuñado.

Burrow es un autor muy citado pero muy poco leído y menos conocido y entendido. Para dar un ejemplo, Peter Gay, psicoanalista entrenado y profesor de historia en la Yale University, en su famoso libro de Paidós "Freud, una vida de nuestro tiempo", todo lo que tiene que decir de Burrow y basándose en una cita de tercera mano es que éste era "una curiosa amalgama de médico y chiflado, y partidario inconstante del psicoanálisis (Freud lo consideraba un `charlatán atontado)". Curiosamente, la cita es de una carta de Freud a Sandor Rado del 30 de septiembre de 1935 que va seguida por otra de Freud a Trigant Burrow del 31 de julio de 1924 que figuran en su bibliografía y que me dieron la pista para enterarme de que los Papeles de Trigant Burrow se encuentran en la Biblioteca de la Yale University donde el mencionado profesor trabaja. Al hacerme con copias de ambas cartas, me doy cuenta que están citadas fuera de contexto y con intención, al parecer, no demasiado buena. Trigant Burrow, debería saberlo un historiador de la altura de Gay que al mismo tiempo es psicoanalista miembro de la Internacional, fue el primer americano nativo en seguir una formación psicoanalítica, incluido análisis didáctico con Jung cinco veces por semana durante un año, tan pronto como 1909-1910. A pesar de ello, como aclara Syz, siempre fue fiel a Freud y tenía previsto analizarse con y fue aceptado por éste en 1914, cosa que no se realizó debido a la Primera Guerra Mundial. Pero es más, fue el único americano miembro fundador de la International Psychoanalytic Association presente en el Congreso de Núremberg en 1910. Al año siguiente fundaría con Jones y otros la American Psychoanalytic Association y la American Psychopathological Association, y fue Presidente de la primera en 1924-25. Tampoco Jones en su biografía de Freud es en absoluto generoso con Trigant Burrow.

La razón por la que quise traer aquí el tema de Trigant Burrow y la labor de la Lifwynn Foundation for Laboratory Research in Analytical and Social Psychiatry no es tan sólo para deshacer entuertos

y de esta manera pagar una deuda de gratitud y dar debido reconocimiento a quien tiene sobrado mérito sino porque, a mi entender, Burrow fue precursor no solo de las psicoterapias de grupo sino también de las comunidades terapéuticas. El tema del actual Symposium (Abril 1991), "Fenómenos Grupales en las Comunidades Terapéuticas", se presta particularmente para esto. Me ofrecí, pues, a Javier Díaz, caso de que interesara para el desarrollo del Symposium, a preparar una pequeña charla sobre el grupoanálisis de Trigant Burrow y la Lifwynn Foundation e informar respecto a la investigación acerca de las "sociedades y culturas adictivas" mencionado más arriba y anticipar algo de los resultados de los que se dará cuenta en 1992 en Montreal en el Congreso de la IAGP.

A mi entender, el problema que confrontan las comunidades terapéuticas con respecto a la comunidad en general donde se integran es el mismo con el que Trigant Burrow y la Lifwynn Foundation se tenían que enfrentar respecto a la así llamada "comunidad analítica" desde el momento que en 1925 en el Congreso de Bad Homburg deciden hacer público las conclusiones a las que les habían llevado los primeros siete años de investigación con el método grupal de análisis. Para entender este fenómeno, el propio Freud nos puede servir de ayuda. En efecto, es en "El Malestar en la Cultura" donde Freud encuentra justificadas dos cosas: a) "el diagnóstico de que muchas culturas -o épocas culturales y quizás aún la Humanidad entera - se habrían vuelto <<neuróticas>> bajo la presión de ambiciones culturales" —como era el caso en Alemania en el momento que ésto escribe; y b) que "...la investigación analítica de estas neurosis bien podría conducir a planes terapéuticos de gran interés práctico". Sin embargo, advierte que en ese intento "... de transferir el psicoanálisis a la comunidad... habría que proceder con gran prudencia, ... ya que tanto para los hombres como para los conceptos es peligroso ser arrancados de donde se originaron y desarrollaron". A quienes lo intenten —y él espera que alguien algún día se atreva a embarcarse con semejante patología de las comunidades culturales— les alerta respecto a las dos dificultades particulares con que van a tropezar: 1) "En la neurosis individual disponemos como primer punto de referencia del contraste con que el enfermo se destaca de su medio, que consideramos "normal". Este telón de fondo no existe en una masa uniformemente afectada, de modo que deberemos buscarlo por otro lado"; y 2) "En cuanto a la aplicación terapéutica de nuestros conocimientos ¿de qué servirá el análisis más penetrante de las neurosis sociales si nadie posee la autoridad necesaria para imponer a las masas la terapia correspondiente?"

Me he permitido citar en extenso este párrafo de Freud ya que esta opinión incide directamente en la mayoría de los seguidores fieles a su escuela de pensamiento, cosa que a mi entender ha constituido el principal obstáculo que encontramos los psicoanalistas para implicarnos responsablemente en una psiquiatría de la comunidad. Trigant Burrow fue el primer psicoanalista en reconocer la condición de neurosis social que los humanos en tanto especie padecemos y no sólo a temporadas sino todo el tiempo y, asimismo, en someter a análisis el principio de autoridad. Estos dos puntos son precisamente los que caracterizan a las comunidades terapéuticas: el concepto de norma con el que se dividen sanos y enfermos y la des-jerarquización y democratización de las relaciones de asistencia. El tercero, la política de puertas abiertas, es consecuencia de los dos primeros.

El drama de las famosas "puertas abiertas" dejan de contener la locura y entonces sus depositarios pasan a ser los profesionales y cuidadores de la comunidad terapéutica. A menudo son éstos mismos quienes se encargan de dar la razón a las fuerzas represoras brindándoles los incidentes que sirvan de excusa para que se elimine esta clase de experimentos. Da la impresión que el destino de las comunidades terapéuticas fuera el de los primeros cristianos, ser pasto de las fieras, o como los del Templo del Pueblo de la Iglesia Milenarista de Jim Jones en la Guyana en 1978.

En el caso de la Lifwynn Foundation, este fenómeno no se dio con plenitud, aunque hay muchas maneras de "matar cristianos". Recuérdese los misiles simbólicos que Peter Gay con ellos emplea. El precio que tuvieron que pagar fue el ostracismo al que les condenaron sus colegas y la poca atención prestada a sus descubrimientos. Si sobrevivieron fue gracias a que con su tratamiento grupal si no se curaron por lo menos fueron capaces de controlar su Yo-persona. Superaron la necesidad que todos en principio tenemos de estar en posesión de la verdad, de tener siempre la razón y de andar en lo cierto que es, según Burrow, como la neurosis social se manifiesta en el hombre como especie.